

**LA ESCUCHA DE LA PALABRA
EN LA VIDA DE LA IGLESIA**
Reflexiones a propósito de la renovada
invitación a la *lectio divina*



FRANCISCO GARCÍA MARTÍNEZ
Profesor de Cristología en la Facultad de Teología
de la Universidad Pontificia de Salamanca

La Escritura hecha pan cotidiano

Acoger la Palabra de Dios requiere esfuerzo: silencio, lectura pausada, estudio, meditación... y un diálogo continuo con ella. El objetivo de estas páginas es suscitar su escucha, a través del fomento de formas de lectura bíblica personal y comunitaria que definan las acciones y movimientos de la acción pastoral de nuestra Iglesia, de tal modo que ese encuentro con la Escritura la convierta en verdadero alimento de vida y fuente de sabiduría.



“El santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos, en particular a los religiosos, a que aprendan el sublime conocimiento de Jesucristo con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo (san **Jerónimo**)”.

(DV 25)

PEQUEÑA INTRODUCCIÓN

Cuenta el libro del Génesis que, al principio de los tiempos, la voz del Señor suscitaba vida al pronunciarse. Decía Dios, expresaba su deseo y este se hacía presente como creación finalmente entregada a los hombres y destinada a reflejar la gloria de su ser-amor. Nada había que saliera de la boca de Dios que fuera una carga para los hombres; al contrario, podía decirse que su Palabra era, en sentido propio, la bendición de los hombres. Esta Palabra les llamaba a la existencia, se complacía

en ellos mirándolos como la obra muy buena que culminaba su trabajo y les entregaba todo lo creado, ¿qué más se podía esperar de una palabra pronunciada?

Pero algo sucedió, y la voz del Señor tropezó en el oído del hombre y se volvió sospechosa. Se dice que, al oír al Señor, **Adán y Eva** se escondieron. Una tarde dejaron de entregarse gustosos al diálogo creador de Dios. La palabra de Dios, que era fuente de vida, también el mandato de “no comer” del árbol de la vida bajo el riesgo de morir (que no era amenaza, sino descripción, como cuando se dice “no comas de esas setas que son venenosas”), se percibió como un mandato opresor que robaba al hombre parte de su realidad. Desde entonces, Dios tropieza en nuestro corazón, siempre atrapado en esta mirada adámica de la que una y otra vez busca liberarnos para mostrarse como lo que realmente es desde siempre: bendición originaria. Nada ha podido con su deseo de ser para nosotros lo que es y no pasar por lo que torpemente vemos que es, hasta el punto de no guardarse en este diálogo ni siquiera a su Hijo, que ofreció como definitiva Palabra de vida, definitiva porque con él es su íntima vida de amor la que al pronunciarse se nos dio. ¿Qué más puede hacer para que salgamos del escondite, nos arranquemos las falsas palabras con las que nos vestimos y nos dejemos revestir de su misma Palabra, de Cristo, de la misma vida del Hijo amado desde siempre y por siempre?

Pero el hombre sigue escondido. De cuando en cuando, consigue pronunciar *Tu Palabra me da vida, confío en ti*, pero la vida cotidiana, con sus afanes,

seducciones y poderes parece siempre volver a atraparlo y separarlo de Dios como hizo con **Pedro**, al que después de confesar ante Cristo *solo tú tienes palabras de vida eterna*, las palabras fuertes que definen el mundo quebraron la confianza o la fuerza de su voluntad creyente, al menos en un primer momento.

LA PALABRA PRONUNCIADA Y LA DIFICULTAD DE LA AUDICIÓN

Y aquí estamos, con la Palabra de Dios pronunciada y siempre en camino hacia nosotros, y teniendo que decidir si nos arriesgamos a acogerla pese a ver en ella de inicio solo una silueta a la que las oscuridades del Pueblo de Dios en su historia envuelven con un velo denso. Palabra extraña, que se viste de historia oscura de humanidad para reflejar una luz trascendente.

Por eso, esta acogida no será nunca una acción espontánea, siempre requerirá esfuerzo: silencio, lectura pausada, estudio, meditación, confianza en las letras en las que la Palabra se ha hecho Escritura y la Escritura quiere hacerse Palabra de nuevo para nosotros. O lo que es lo mismo, acoger a Dios como bendición concreta requiere un diálogo continuo con su Palabra para que aparezca esa luz que cura la mirada, esa presencia que suscita la verdadera imagen. De otra manera, hemos de decir que la forma de nuestra vida será la impuesta por la inercia de Adán, que siempre sospecha de lo ofrecido por Dios frente a las ofertas, más seductoras a corto plazo, del mundo. Ponerse a la escucha (silencio, lectura, estudio, diálogo, obediencia) de la



Escritura es hacer frente a la tentación de vivir de nuestros intereses cortos, ensimismados y finalmente mortales, para *vivir de la Palabra que sale de la boca de Dios* (Dt 8, 3). Es este trabajo de escucha el que hace que los cristianos *no nos acomodemos a este mundo, sino que nos vayamos transformando por la renovación de la mente, para saber discernir la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto*, tal y como pedía san **Pablo** (Rom 12, 2).

Es aquí donde hemos de preguntarnos si la conciencia creyente ha adquirido esa confianza fundante en la Escritura que se nos viene pidiendo hace tiempo y que le lleva a hacerla pan cotidiano de vida. Creo que nos encontramos con algunos problemas de los que debemos ser conscientes para afrontar este fecundo, aunque no siempre fácil, movimiento de acogida de la Palabra.

■ El primero es nuestra reticencia, agravada por nuestra cultura, a someternos a algo o a alguien que no seamos nosotros mismos. Es necesario reconocer en esta tendencia a ser de continuo dueños absolutos del saber y del hacer de nuestras vidas un falso camino. Esta tendencia debe ser reconocida como una tentación en el seguimiento de **Jesús**, cuyo *alimento es hacer la voluntad del Padre* (Jn 4, 34). Solo la lucidez frente a ella nos pondrá en guardia contra los mecanismos internos de manipulación de la Palabra para hacerla coincidir con lo que ya pensamos, hacemos y queremos, o

contra la idea de que ya sabemos, queremos y hacemos según Dios. Porque, para justificarnos, a veces nos decimos que no hay que *buscarle tres pies al gato* y andar con estas *modas* de leer la Biblia para saber lo que es y quiere Dios, que eso está bien pero para los *adelantados*, que *lo básico* ya lo sabemos. Nuestra vida y nuestra fe deben ser discernidas y juzgadas cada día por la Palabra de Dios, y no por la inercia de una posición existencial que tiende inconscientemente a defenderse, o por el contexto cultural, paganizado ya, que nos rodea y que está siempre agazapado y al acecho también en el interior del espacio eclesial.

■ Un segundo problema (de los más *practicantes* y, sobre todo, de los curas) es la conciencia de que ya conocemos el texto bíblico porque ya conocemos sus *historias*. Ahora bien, el conocimiento de la *historia sagrada* no es lo mismo que la escucha de la Palabra en este texto concreto que, como cualquier diálogo, requiere atención a las palabras concretas que el otro pronuncia y a la intención interna y última de todas sus palabras juntas. Esto no se consigue viviendo de los relatos de la Biblia en forma de “historias o cuentos con moraleja” (que hace que, finalmente, se pueden sustituir por otros más comprensibles o atractivos), sino en una lectura pausada, atenta, acompañada y orante del mismo texto bíblico. Si no lo hacemos, el texto, más o menos recordado, se irá

deformando y dirá lo que nosotros proyectemos sobre él, terminando por afirmar cosas que no dice. A esto se añade un problema secular que tiene nuestra Iglesia católica, a pesar del esfuerzo de estos últimos decenios en la promoción de la lectura bíblica, y es que nos ha hecho pensar (esto forma parte del inconsciente católico) que bastaría el catecismo (verdad y costumbres) y el sacramento, que en los últimos años parece poder sustituirse, en la mentalidad más extendida, por devociones privadas o públicas decididas por un sentimiento más o menos religioso. Hay que decirlo claro, es necesario el diálogo de fe con su Palabra: no se puede ser creyente si se corta la lengua a Dios. Cuando se hace esto, antes o después, el creyente termina por ser un ídola, llamando Dios a la obra de sus manos o de su mente.

■ El tercer problema, sobre todo de los alejados o de la generación criada en ambientes alejados, es el contrario. Ya apenas se conocen mínimamente las narraciones del texto bíblico y no se tiene el contexto de fe necesario para la *empatía interpretativa*. Esto tiene como consecuencia que, antes de decidirse a leerlo, se proyecta sobre él una imagen “silvestre” de Dios. Es decir, una comprensión no discernida, que brota espontánea con los prejuicios y pecados propios de la cultura, una comprensión que hoy pinta a Dios como un ser distante, violento, arbitrario... y poco amante de la vida y la felicidad. Un Dios con el que no se quiere tener nada que ver porque “ya se le conoce demasiado”, aunque venga con piel de cordero en las predicaciones eclesiales. Hay tantos relatos que pertenecen a lo que nuestra cultura considera superado en su mentalidad (seguramente, no tanto en el fondo arcaico desde el que todos tenemos que convertirnos permanentemente), que muchos interrumpen en ellos la lectura de la Biblia por inasumible en nuestros días.

Los que así se sitúan están de vuelta de un lugar donde no estuvieron y difícilmente se animarán a la lectura. No será fácil superar este problema, si los creyentes no sabemos leer con hondura el texto para ayudar a entrar

en su comprensión verdadera a los que vienen con unos prejuicios que también se nos han colado en nuestro corazón creyente (valga la idea, repetida sin matices, en alto o en bajo, de que el Dios del Antiguo Testamento es violento, intransigente, alejado... frente al Dios que presenta Jesús)¹. Es necesario pasar por el rostro velado, desvelado y revelado de Dios en la escucha de su Palabra.

■ Un último problema es que, con todo lo que tenemos que hacer, no tenemos tiempo. Esto, debemos comprenderlo cuanto antes, no es más que la justificación de una vida que no quiere pararse a ahondar en sí misma y en la verdad de sí misma ante Dios. ¿A qué constructor se le ocurriría que por tener poco tiempo para construir una casa dejara de dedicar la mayor parte de este tiempo a los cimientos?

EL DON DE LA PALABRA DE DIOS

Nuestra fe cristiana tiene como centro la afirmación de que Dios habla, de que Dios se comunica, de que Dios no solo está inscrito en el corazón de cada hombre y bastaría ir al fondo de nuestro ser para encontrarlo. Nuestra fe afirma que Dios se comunica en una relación dialogal a través de una historia (la de Israel y la de su Hijo encarnado) que se ofrece viva a través del texto de la Escritura dado por la Iglesia. Es este diálogo el que ha configurado la identidad del Pueblo de Dios, un diálogo

que desde Dios tiende siempre a la comunión de vida.

Huyendo de la reina **Jezabel**, desesperado después de su fracaso en el intento de hacer presente a Dios *a su manera*, **Elías** es casi obligado por dos veces a comer el pan ofrecido por Dios, un pan que termina remitiendo a que se alimente de la Palabra de Dios y no de sus ideas previas, como había hecho frente a los profetas de Baal: no la fuerza, no la imposición..., sino la fidelidad de los justos en medio de la dificultad y la persecución terminará por hacer de Dios el centro de la vida de Israel. Más adelante, en medio de un pueblo que se ha dejado seducir por la forma de vida de sus vecinos, **Jeremías** es invitado a comer la Palabra de Dios y gustar su dulzura, aun cuando después sienta el amargor que produce al contacto con un mundo hostil a ella (Jer 15, 16-19), e igualmente a ofrecerla *contra viento y marea* para que llegue a todos (Jer 1, 4-9; también Ez 2, 9-3, 4). Más radicalmente, Cristo adquiere un cuerpo para encarnar la Palabra de Dios (Heb 10, 5-7), invitando a todos a que participen de su propia vida hecha de la voluntad de Dios, a que se hagan uno con él en gratitud al Padre y entrega al mundo (*Tomad y comed, haced esto en memoria mía*).

La Palabra de Dios aparece entonces como *forma interna* de la vida del hombre, como dulzura y consuelo, como esperanza y camino, como promesa y roca de esperanza firme, como verdad

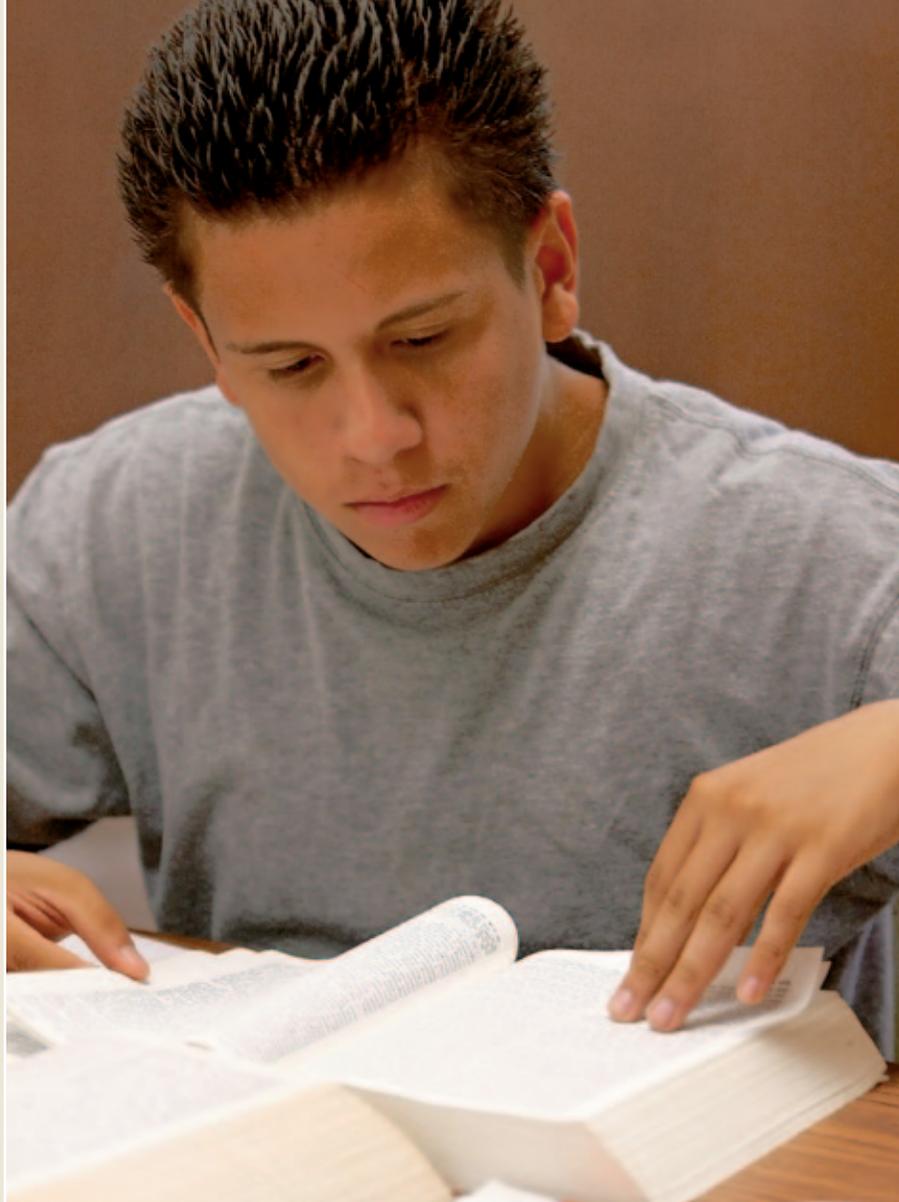
honda de su ser. Palabra que requiere escucha y confianza más allá de las propias ideas (Elías); que llena de consuelo y esperanza el corazón del hombre, pero también de un dolor necesario para alumbrar una nueva creación frente a un mundo que no la acepta (Jeremías); y que, finalmente, pese a toda apariencia, resucita resucitándonos (Cristo), porque la Palabra de Dios es como la lluvia que no vuelve al cielo sino después de fecundar los campos (Is 55, 10-11).

En este sentido, la iniciación cristiana (y la catequesis en ella) es, sobre todo, el proceso de aprender a ser discípulo de Cristo en un diálogo personal con él a través de su Palabra leída y celebrada eclesialmente². No sería poco que un niño, un adolescente, un joven..., después de los *años de catequesis*, tuviera la costumbre de relacionarse con Dios a través de su Palabra, personal y litúrgicamente. Hay que decir que solo así puede uno encontrar en el sacramento la Carne de la Palabra misma. Solo quien ha aceptado la Palabra –más allá de sus debilidades y dudas– es visitado por el mismo Cristo en persona, tal y como afirman los relatos de apariciones del Evangelio. No hay sacramento, ni hay presencia de Dios en el creyente que lo celebra, sin aceptación de la Palabra de Dios, ya que la fe necesaria para ello entra “por el oído”. Dicho de otro modo, el sacramento en el que se ofrece Dios es diluido por desustanciación cuando el creyente no acepta, en la práctica, pasar por el sometimiento a su Palabra para conocerlo y recibirlo, para conocerse y realizarse.

LA PALABRA DE DIOS COMO CENTRO DE LA VIDA ECLESIAL

No es extraño, pues, que una de las tareas centrales para la actual hora de la Iglesia sea reencontrarse con la Palabra de Dios y, en ella, reencontrar las prioridades y las formas de la vida eclesial y personal. **Juan Pablo II** afirmaba en *Novo Millennio Ineunte*: “La primacía de la santidad y de la oración solo se pueden concebir a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios (...) en particular, es necesario que la escucha de la Palabra se convierta





en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la 'lectio divina', que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia" (NMI 39). Resaltemos la afirmación "solo se puede concebir". Se puede decir más alto, pero no más claro. Esta tarea se convierte en urgente cuando el peso de la cultura ambiental, habitada por tantos valores paganos, es tan fuerte en el interior de los mismos creyentes que vivimos habitualmente con "una vela encendida a Dios y otra al diablo". La renovación de la Iglesia que pedía el Concilio Vaticano II, que impelía Juan Pablo II, tiene como uno de sus centros el concreto y sencillo trabajo de hacer de la lectura bíblica el centro de la vida de fe, en cuanto que en ella Dios va diciéndose hasta hacerse realmente presente como Él es y haciéndonos como Él quiso que fuéramos. Vuelven a repetirlo los Padres sinodales y lo recoge **Benedicto XVI** en la *Verbum Domini*: "Expreso el vivo deseo

de que florezca una nueva etapa de mayor amor a la Sagrada Escritura por parte de todos los miembros del Pueblo de Dios, de manera que, mediante su lectura orante y fiel a lo largo del tiempo, se profundice la relación con la persona misma de Jesús (...) '¿Cómo se podría vivir sin la ciencia de las Escrituras, mediante las cuales se aprende a conocer a Cristo mismo, que es la vida de los creyentes?' (san **Jerónimo**)" (VD 72).

Esto requiere que la acción pastoral quede definida en sus opciones y sus movimientos por la referencia a la Palabra de Dios. La misma exhortación *Verbum Domini* habla en este sentido de una *animación bíblica de toda la Pastoral* (VD 73). Lo cual equivale a decir que el centro, la dirección, la forma de las actividades deben estar definidos por una voluntad de Dios que no se encuentra originariamente en el derecho canónico, ni en el sentido común, ni en la buena voluntad, ni en el carisma de dirección sin más, sino que requiere que estos estén alentados

por la interiorización de la forma de ser, sentir, pensar y actuar de Dios, algo que solo se asimila en la meditación de su Palabra. Por tanto, no debe ser la simple práctica pastoral que se viene realizando, ni la reflexión teológica, ni el magisterio episcopal... la fuente de las opciones pastorales, sino la fuerza que imprime en ellos la escucha continua y honesta de Dios mismo. Ahora bien, para ello se necesita un trabajo continuo y concreto de meditación y entrega a Él a través de su Palabra. De otra manera, la pastoral termina convirtiéndose en una lucha de pastorales o espiritualidades, en un enfrentamiento de planteamiento teológicos, en una imposición del sentido común –si lo es– del obispo o del párroco de turno, que son impotentes, a veces incluso perjudiciales, para hacer que la Iglesia sea fiel a la misión dada por Dios mismo en su Hijo³.

Se requiere imaginación para fomentar formas de lectura bíblica personal y comunitaria, pero, sobre todo, se requiere decisión para implicarse en la práctica de la meditación bíblica, de tal manera que se genere un movimiento que vaya ensanchando los espacios y las formas de lectura que se van realizando. Hay que animar a leer y meditar las lecturas que nos va ofreciendo la liturgia y enseñar a hacerlo con calidad técnica y espiritual, hay que enseñar a manejar la Biblia como Palabra de Dios y no solo a buscar citas, hay que explicar lo difícil y acompañar para descubrir lo profundo... *No se trata solo de ofrecer espacios de lectura bíblica para algunos, sino de hacer de la Palabra de Dios el centro de la vida de todos y de todo*⁴. Es necesario recrear el gusto por la Palabra (*Cuando encontraba palabras tuyas, las devoraba. Tus Palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón*, Jr 15, 16), el gusto por adentrarnos en su significado a través del estudio paciente, de la lectura compartida. Aquí nacerá el impulso para ofrecerla a otros. Porque no hay palabra que merezca más nuestra atención y nuestro tiempo, no hay palabra que cree mayor comunión en torno a sí y ayude a situar armónicamente las diferencias, no hay palabra que más merezca la pena ofrecer, mucho más que nuestras opiniones y consejos de hombres supuestamente más listos (como casi

siempre buscamos definirnos, quizás inconsciente e indirectamente, con nuestras palabras)⁵. Porque solo la Palabra del Señor da la vida eterna, da la vida plena, da la vida verdadera (Jn 6, 68), aunque solo a quien se entrega a ella. Esta cualidad de la Palabra de Dios está escondida en las palabras de la Escritura, y solo se entrega al que camina confiado a través del desierto del texto hasta que el Señor haga salir un poco de agua de la roca. Se hacen duros los textos muchas veces y se hace dura la Palabra en ocasiones, y apenas parece ofrecer vida, pero el Señor nos invita a caminar en ella para encontrar su Tierra prometida. ¿No es esto lo que sintetiza la misma estructura de la liturgia eucarística?

LA LECTURA BÍBLICA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Esta centralidad de fondo de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia hace necesario un tipo de encuentro con la Escritura que la convierta en verdadero alimento de vida y en verdadera fuente de sabiduría, y no solo de conocimiento. “No se olvide –recuerda últimamente Benedicto XVI– que la oración debe acompañar a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable un diálogo entre Dios y el hombre; porque ‘a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas’ (san **Ambrosio**)” (VD 25). Además, la Escritura no es sencilla de leer, por más que algunos de sus relatos parezcan fáciles de comprender, porque ofrece los misterios del Reino a los que el hombre se opone por la misma inercia de su pecado. No se trata solo de una complicación teórica, que ciertamente existe, sino, sobre todo, espiritual, que hace necesario el trabajo exegético y, sobre todo, el don de la sencillez de corazón, que solo se recibe en la humildad de la oración honesta.

Por otra parte, no es asequible simplemente a la lectura individual, por más que requiera un trabajo personal y uno pueda descubrir riquezas por sí mismo, porque está inspirada *para ser fuente de comunión en torno a Dios*. “Se ha de ‘evitar el riesgo de un acercamiento individualista’, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente

para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios” (VD 86). Además, porque una lectura exclusivamente individual tiende a deformarla interesadamente, arrancándola de la comunidad que la hizo surgir y que la cobija como Palabra viva (2 Pe 1, 20).

¿Cómo leerla, pues, sin desesperar y sin someterla a nuestros intereses personales, queriendo o sin querer?

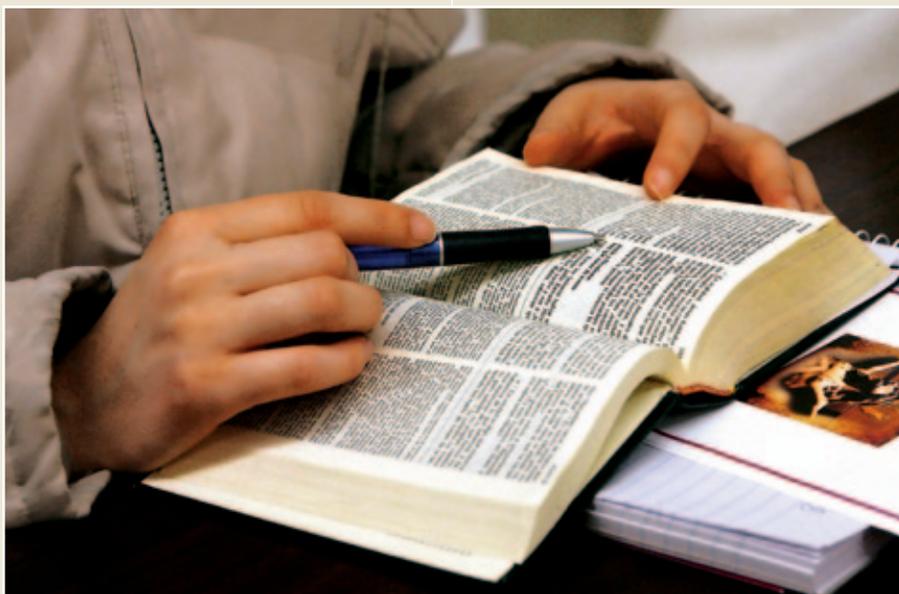
Hay una forma de desesperación ante ella que consiste en leer solo lo que comprendemos en primera lectura o creemos comprender en una lectura rápida. Toda ella, en todas sus partes unidas, es Palabra de Dios. Ahora bien, para que esto (tantos textos escandalosos, difíciles, provocativos...) no suponga una fuente de problemas e incluso de rechazos, se requiere dedicar tiempo a su estudio técnico, en especial los que “*se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra*” (DV 25). Se requiere leer las introducciones y las notas que hoy en día ofrecen las ediciones de la Biblia, dedicar tiempo a libros especializados, aunque no sean del ámbito técnico-académico. Por ejemplo, no basta decir (y menos que lo diga quien tiene un ministerio de predicación en cualquiera de las

formas de didascálica eclesial) que uno no entiende los textos de violencia de la Biblia, justificando su eliminación sistemática, sin haber dedicado tiempo a leer y estudiar el tema, en la medida de las posibilidades personales al contacto con el nivel de publicaciones actual. Cuando esto no sucede, la desesperación y el rechazo que sentimos al enfrentarnos a estos textos no son sino fruto de nuestra propia pereza.

Son necesarias al afrontar la escucha de la Palabra *la fatiga exegética y la paciencia del diálogo*. Por tanto, se hace necesario *renunciar a la eficacia inmediata*. Cuando Dios habla, no dice solo cosas para el aquí y ahora, como no lo hacen los padres que educan bien a sus hijos. Estos saben que se educa mejor mostrando una vida honesta, agradecida, generosa... testimonial, que termina por contagiarse, que con palabras que explican y exigen en cada momento lo que hay que hacer (aunque a veces haya que hacerlo también). La Palabra del Señor requiere irse implantando en nuestro corazón poco a poco, para que, cuando llegue el momento, nuestra vida pueda estar a la altura de su designio y voluntad. El tiempo ofrecido a Dios y a su Palabra es la condición necesaria de nuestra parte para que pueda hacerse connatural a nuestra vida. Me gusta pensar que el Espíritu que nos habita necesita que le alimentemos de esta Palabra para que pueda pronunciarse a su tiempo con palabras que nos iluminen. De otra forma, sin estas palabras a las que solo Él puede dar vida, se torna incomprensible en sus gemidos. Esto es lo que hizo Jesús con los discípulos, cuya presencia en el evangelio no es la de aquellos que se preguntan: ¿qué me quieres decir con esto, para lo que yo estoy pasando hoy? La verdadera lectura bíblica se da en un contexto de gratuidad, en el que el diálogo con el Señor deja que este marque los tiempos y haga eficaz a su hora la Palabra de la que vamos alimentándonos en el día a día de nuestra meditación.

Por eso, no es la mejor de las lecturas bíblicas para un cura el leer solo los textos sobre los que tiene que predicar, pues habitualmente la función que debe ejercer suele terminar por hacer que su diálogo con Dios se concentre,





en el mejor de los casos, en resolver la pregunta *¿qué quieres que les diga?*, que tiende a sustituir al verdadero diálogo personal con Dios. Evidentemente, esto es mejor que olvidar que uno tiene que hablar de la Palabra de Dios y no de sus opiniones, por muy espirituales que estas sean. Si se busca no únicamente lo rentable a corto plazo, sino lo mejor para la propia vida y la del propio ministerio, el presbítero tiene que ser un asiduo lector de la Escritura más allá de su predicación⁶.

Valga la misma reflexión para la utilización de esos textos bíblicos que forman una especie de pequeño vademécum para ilustrar actitudes que tendrían que enseñar los catequistas a los niños. Estos no pueden ser meros instrumentos para transmitir contenidos con ciertos ejemplos bíblicos, sino mistagogos de la escucha de Dios y compañeros en el aprendizaje del discernimiento, lo cual requiere un *sensus fidei* que da la meditación de la Palabra, además de la celebración comunitaria de la eucaristía.

¿Y qué decir de todo creyente que ante un problema abre la Biblia para encontrar soluciones? No es bueno hacer de Dios un oráculo con respuestas prefabricadas para cada situación. Dios se ofrece como compañero con el que dialogar, que pone sus palabras en nosotros a través de nuestra meditación y en su momento las hace eficaces de manera casi imperceptible a nuestros sentidos y acciones a través de su Espíritu que nos habita. Pero somos nosotros los que, en libertad, hemos de afrontar y decidir sobre las realidades seculares. Es necesario tener cuidado

con ciertos providencialismos que, en el fondo, aunque con palabras muy espirituales, se nutren de exigir a Dios que actúe y hable cuando nosotros fijamos el tiempo.

¿CÓMO LEER-CÓMO ESCUCHAR?

La Palabra de Dios que nos ofrecen los escritores bíblicos apareció como palabra para guiar a su pueblo en medio de situaciones concretas según un designio global. La lectura que estos autores realizaron y que ha quedado fijada en el texto no refleja palabras inmutables al margen de los acontecimientos o, al contrario, solo descripciones de lo que pasaba, sino una presencia que los sometía a una visión honda del misterio de la realidad, forzándolos incluso a oponerse a lo que parecía más adecuado o real según el sentido común e incluso religioso del pueblo. Esta apertura de fe que ofrecía a la presencia de Dios es lo que daba al autor la capacidad de dejar constancia de su paso, de su compañía, de su voluntad, de su promesa... Por eso es necesario adentrarse en el origen del texto: no preguntarse enseguida *¿qué me dice?*, sino preguntar al texto *¿qué dice?*, *¿qué sucedía antaño y por qué el autor en nombre de Dios habló así?* Solo entonces comprenderemos y podremos reinterpretarlo desde nuestra situación actual, donde seguro que encontramos realidades análogas que están llamadas a ser iluminadas en nuestro diálogo con Dios a través de esos textos, y así vestir nuestra libertad de verdad y vida.

Esto es lo que intenta realizar el método de la *lectio divina* a la que

últimamente se nos invita desde diferentes ámbitos eclesiales y cuya urgencia recoge el mismo magisterio. *¿Qué dice el texto?, ¿qué nos dice?, ¿qué decimos nosotros?, ¿qué conversión?*, he aquí los pasos de lectura propios de la *lectio* según Benedicto XVI (VD 87).

Hagamos un pequeño inciso. Creemos que es importante que, aunque algunos puedan seguir en sentido estricto el método de la *lectio*, este debe configurarse en la Iglesia como una plantilla flexible de lectura para cada creyente o comunidad de lectura compartida, aportando sobre todo los elementos descubiertos como imprescindibles para que esta se haga *como Dios manda*. De otra manera, quizá lo mejor se trague lo posible y la letra termine por matar el Espíritu. Esto debe ser el fruto del discernimiento de lo adecuado según las posibilidades concretas.

En este itinerario dibujado por la *lectio*, el creyente, pidiendo la luz del Espíritu de Dios, comienza una lectura atenta que debe utilizar todo el instrumental al alcance de la mano (notas, introducciones, comentarios...). ¡Cuánta soberbia o cuanta falta de pudor tiene detrás, habitualmente, el ir al texto desnudo!

La posterior venida a nuestros contextos nunca debe coincidir del todo con mi-nuestra vida. Sin dejarlas, la mirada ha de ensancharse al mundo desde el corazón de la Palabra de Dios. Podemos y debemos reflexionar no solo desde lo que nos afecta directamente en ese momento; hay situaciones del mundo, de nuestro entorno, de otro tiempo o quizá futuras a las que debemos aceptar ser enviados en la oración. Esto no nos aleja de la realidad, sino que simplemente hace que no sometamos la Palabra siempre a nosotros mismos y a nuestros estados de ánimo o necesidades.

No se debe olvidar el momento personal. Mucho de la lectura se puede hacer en común, pero se requiere necesariamente algún momento de soledad *coram Deo*, donde centrar nuestra atención en Dios mismo desde las mociones que suscita en nosotros. De otra manera, la Escritura terminará siendo un manual de ideas y normas de vida.

La concreción final hacia la vida, imprescindible, no implica siempre acciones inmediatas y concretas hacia fuera. No todo consiste en responder a la pregunta ¿cómo tengo que actuar? Se trata de abrir el propio ser (el sentir, el pensar, el actuar...) a esas mociones de la Presencia vivida, para que Cristo vaya haciéndose con nuestra *forma* más íntima.

EPÍLOGO

Cuenta el evangelista **Lucas** que un hombre importante volvía a su tierra leyendo con atención el cántico del siervo del profeta **Isaías** sin lograr entender. Como aquellas mujeres que caminaron antaño hacia el sepulcro sin saber si habría más vida que aquella enterrada tras una piedra imposible de mover. Ellas, sin embargo, se decidieron a llevar los aromas de su amor y esperanza para ponerlos sobre aquel cuerpo en apariencia muerto definitivamente. Pues bien, aquel hombre caminaba también sin saber si había realidad detrás de aquel cuerpo de palabras que, sin embargo, tanto le atraía. Como la decisión de estas mujeres de salir hacia el sepulcro cuando algunos ya habían desesperado encerrados en su propia pesadumbre, la decisión de leer y seguir leyendo, aunque fuera sin comprender, preparó el camino para que el Señor se hiciera presente para unas y para otro.

Quizá todavía demos demasiado por descontado que, como ya tenemos la presencia sacramental, el camino hacia ella a través de la Palabra no es siempre necesario, o que se da ya suficientemente en los que asisten a la liturgia eclesial. Sin embargo, de esta manera, poco a poco, nos vamos desfondando. Es la espera orante, el anhelo que busca, la paciencia que medita asiduamente las Escrituras (aunque por momentos no escuche por detrás de ellas la Voz del Señor), el diálogo compartido en torno a la Palabra pronunciada por Dios... lo que puede hacer que recibamos el don de la Presencia. Lo demás, creer que ya estamos preparados, que ya sabemos, que no nos hace falta más que no bajarnos de la inercia, nos convertirá en vírgenes necias que perderán el gozo del encuentro, como desgraciadamente

tantos han perdido, están perdiendo y se percibe que perderán o perderemos si no volvemos a lo esencial.

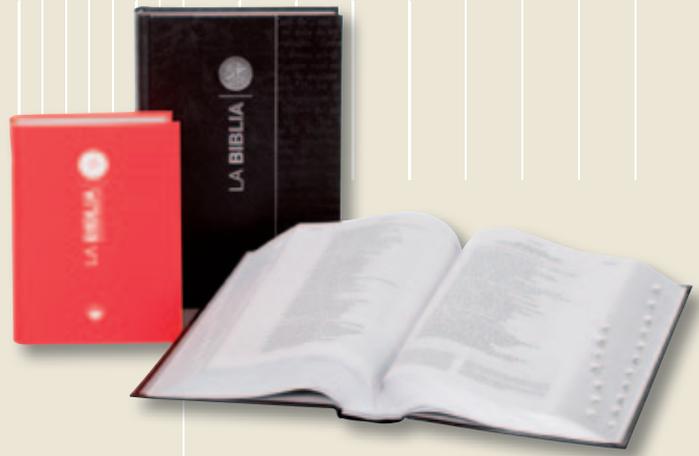
¿Dónde iremos, Señor, si solo Tú tienes palabras de vida eterna?

POR ÚLTIMO...

El creyente que lee sobre la Escritura, lo mismo que el que lee sobre la oración, no debe engañarse. Toda *lectura sobre la lectura* bíblica debe ser una provocación, una llamada a concretar su itinerario. Demasiadas palabras circulan por nuestra Iglesia para no se sabe qué, no porque estén mal dichas, sino porque están acogidas solo con la mente y no con la totalidad de nuestra carne. Este Pliego, por tanto, no tiene

más misión que suscitar la escucha de otro texto y ser olvidado. Las palabras sobre la Escritura nunca deben tener como intención última dar a conocer el qué, el cómo, el cuándo, el dónde, el porqué..., sino hacer leer más o mejor ayudando a situar bien tal lectura. Una reflexión sobre la escucha de la Palabra solo puede acabar en un diálogo que no puede realizar el que escribe, porque pertenece al que es invitado a hacer de ella alimento de su vida.

Tolle et lege.



NOTAS

1. Frente a esto, hay que decir que la lectura del Antiguo Testamento es de especial importancia porque no solo es la historia pasada del cristianismo, sino la historia que cada hombre *debe recorrer* para llegar a Cristo. Darla por superada creyendo que ya estamos a los pies de Cristo, preparados para comenzar a seguirle, es pura ingenuidad. Su meditación nos irá descubriendo nuestras ataduras a un Dios no divino, reflejo solo de nuestras expectativas y deseos. Seguramente, solo a través de ellos el Espíritu nos irá conduciendo con paciencia, como al pueblo de Israel, a Cristo, incluso cuando ya estemos en él por bautismo y fe. Pues si es verdad que ya está en nosotros, nosotros todavía andamos en pensamiento y vida distantes y caminando hacia él.
2. Esta afirmación es recogida por la exhortación *Verbum Domini* en el nº 74. Dice **Andrea Fontana**, hablando de los criterios de una auténtica pastoral de iniciación cristiana: "Hay que referirse ante todo a la Biblia y al Evangelio, aprendiendo a ponerse a la escucha de la Palabra de Dios y a llevarla a la práctica: los catecismos y los instrumentos metodológicos sirven para ayudarnos a entender mejor la Palabra, a ponerla en el centro del anuncio, a encontrar caminos para interiorizarla y modos para vivirla. La Biblia se convierte en el libro de la pastoral de los cristianos: para anunciar, para formarse, para rezar, para hacer el examen de conciencia de la parroquia... Ahorramos en fotocopias y en hojas sueltas, y nos adentramos en la Sagrada Escritura, que los sacerdotes deben aprender nuevamente a leer y comentar y los seglares a hojear y meditar, haciéndola actual todos cada día", en "El gran desafío: la iniciación cristiana", Misión Joven, nº 344 (septiembre, 2005), pp. 53-54 (todo el artículo es francamente recomendable y puede encontrarse en <http://www.misionjoven.org>).
3. Refiriéndose a los obispos como guías de la acción pastoral de la Iglesia (aunque estas afirmaciones se podría espachar a todos los curas e igualmente, aunque en menor medida, a los demás agentes de pastoral), en el año 2001 decía **Joseph Ratzinger**: "El obispo debe ser un maestro de fe. Esto supone poseer el *sensus fidei*. Pero ¿cómo se puede obtener este don? Estoy convencido de que la *lectio divina* es el elemento fundamental en la formación del sentido de la fe y, por consiguiente, el compromiso más importante para un obispo maestro en la fe. Esta debe ser continua, porque solo así podemos aprender quién es Dios, quiénes somos nosotros, qué significa nuestra vida en el mundo", citado por **E. Bianchi**, *A los presbíteros* (Salamanca, 2005), pp. 26-27.
4. Quizá para algunos la lectura bíblica será solo la audición de su proclamación dominical. Por eso es especialmente importante que la homilía esté bien preparada, para ofrecer los misterios de la Palabra de Dios a la meditación personal del oyente, a su diálogo personal con Dios y no solo a su reflexión. Un diálogo cuyo primer momento quizá debiera ser el silencio de poscomunión, en el que no es extraño que se haya olvidado ya lo que Dios pronunció porque ni siquiera el predicador lo toma en consideración, centrándose en problemas más urgentes y moralismos varios (aunque, seguramente, esto es un juicio demasiado severo e injusto, discúlpese pues la exageración y atiéndase a la intención).
5. "Hoy vuestro ministerio aparece de manera primordial como ministerio de la Palabra (...), pero para ser tales es necesario ser oyentes asiduos de la Palabra (...). Sin la Palabra de Dios, no sois nada en la Iglesia, sin la Palabra de Dios no tenéis nada que decir a la Iglesia, sin la Palabra de Dios todo vuestro empeño no sirve para nada", en **E. Bianchi**, *A los presbíteros* (Salamanca, 2005), pp. 21-29.
6. Es verdad que el servicio de la predicación requiere esta lectura que piensa en lo que el Señor pide que digamos delante de su pueblo, pero nuestra palabra aparecerá con toda la hondura personal, creyente y propiamente dirigida por Dios solo y en la medida en que se trabaja el largo plazo de nuestra fidelidad a la escucha global de su Palabra, y no a lo que se va a decir "en la misa de mañana".